

Asher Benatar

Regreso a Laura

Retocó las cejas de Nina y se alejó para valorar el resultado. A la suave y complaciente luz de lámpara, el parecido con Laura era bastante marcado.

-Levantá la cabeza –dijo, impaciente, al tiempo que consultaba la foto-grafía de su hermana muerta-. Hay algo en el pelo que no me gusta.

Acomodó los bucles que momentos antes había formado con una tenaza caliente y dio un paso atrás. Modificó otros detalles, esta vez los labios, que subieron hasta el rojo intenso. Quizá debido a su inquietud, imaginó oír pasos en el piso bajo. Salió de la habitación y se asomó por encima de la baranda, advirtiendo con alivio que la casa mantenía una quietud total. Volvió, y al abrir la puerta, al dejar que la amarillenta luz del pasillo llegara hasta la figura de su hija, dio un grito de asombro: Laura parecía estar allí, metida en el cuerpo solamente cubierto por una enagua. Carmen abrió el baúl y hurgó entre las ropas, sintiéndose envuelta por una vaharada de naftalina y de pasado. Ahí, adentro de esa caja de metal, en esa habitación que Rodolfo había cerrado años atrás jurando que para siempre, estaba la historia de Laura, su temprano casamiento, sus lánguidas tardes junto a la ventana, los redondos bastidores tensando el bordado y disimulando el ocio. Carmen se mantuvo inmóvil, como fraguada en su añoranza. De pronto pareció despertar. No debía ceder a la tristeza, ella tenía algo muy importante que hacer, un plan que ya llevaba cuatro años de pacientes vacilaciones y de leves pasos al frente. Volvió a buscar. El baúl encontrando la textura del tocado y del tul de ilusión.

-Vení –dijo a su hija-, y apurémonos porque en una de éstas a Rodolfo se le ocurre volver temprano del Jockey y no quiero ni pensar en lo que puede ocurrir si nos encuentra aquí.

Primero fue el vestido, que se adoptó con facilidad al cuerpo de Nina, ese cuerpo que Carmen había controlado obsesivamente para que mantuviera las medidas de Laura. Después las medias blancas, los zapatos, el tocado que enmarcó la cara de Nina con su blanda niebla. Carmen volvió a alejarse.

PHOTO MANIPULATIONS © **Michal Mozolewski**



-Estás hermosa –dijo a su hija-, pero no es eso lo que importa. Quiero que te parezcas lo más posible a Laura.

Con polvos blancos trató de disimular los marcados pómulos de Nina, tal vez lo único que establecía una diferencia con el recuerdo de Laura.

-Así está bien –dijo-. Ahora tomá esta rosa y vamos al dormitorio de él.

La ubicó en un sillón, junto a la ventana, mezcuinándole luz. Teniendo como fondo a las pesadas cortinas azules, la blanca figura de Nina se estremecía, nerviosa.

-¿Te acordás de todo? –preguntó, ansiosa, Carmen-. Hablá lo menos posible, dejá que lo haga él, y no te olvides de ese gesto con la cabeza que te sale igual.

En ese día con sabor a examen, habría querido estar en la habitación un rato más, controlar aquellos detalles repasados durante meses, pero no se atrevió. Si su cuñado la encontraba allí, todo el efecto del primer momento desaparecería y entonces la visión de Nina sentada junto a la ventana pasaría a ser un fracaso que tal vez desembocara en la risa o en la cólera. Salió de la habitación, el paso leve, el pulso convertido en un infidente golpeo.

No dijo una palabra, las manos no buscaron el corazón, como teatralmente Carmen había imaginado. A pesar de que la semejanza con Laura era sorprendente, Rodolfo supo desde el primer instante que aquella imagen ubicada junto a las cortinas del ventanal, era la de su sobrina y que no había casualidad en aquel cuadro que se le presentaba. Le llamó la atención la madurez que exhibía la mirada, el misterio que llenaba los ojos azules y profundos. Acercó una silla y se sentó, enfrentando a Nina, mirándola sin rencor, acariciándole la mano y percibiendo que la suavidad de la piel lo llevaba hasta el recuerdo, provocando un leve temblor que trató de disimular.

-Laura –dijo, pero no llamando a su sobrina sino enunciando a la muerta.

Nina no contestó. Rodolfo se inclinó hacia ella, hasta el preciso límite en que los rasgos de Nina comenzaron a perder definición. El mismo perfume rondándola, la misma luz llegando a la cara y dejando el cuello en sombras, como si la cabeza de Nina/Laura fuese una flor suspendida en la penumbra. El brazo de Rodolfo, obediente a la emoción, rodeó el trémulo hombro de Nina y allí se quedó, silenciosos ambos, hasta que los filamentos de la lámpara se ahogaron en la luz de la madrugada.

Todas las mañanas, antes de salir para sus oficinas, Rodolfo depositaba un voluminoso sobre junto a la puerta del dormitorio de Nina. Carmen atisbaba, molesta ante el silencio de su hija y ante la ingratitud con que se dejaba de lado nada menos que a la autora de aquella situación. Nina, encerrada con

llave en su cuarto, leía con atención los mensajes de Rodolfo. Eran hojas escritas a mano en las que se transcribían antiguos diálogos mantenidos con Laura y que Nina debía estudiar para hacer más verosímil la recreación. Una regla no expresada, porque dentro de la aceptación de Rodolfo para con aquel juego, había dos condiciones internas que de ninguna manera debían ser dejadas de lado: olvidar la condición de tío y sobrina y no hacer el menor comentario acerca de los decorados que ambos levantaban para hacer posible esos sueños. Nina leía atentamente todos los caminos que debía recorrer cada noche, imaginaba situaciones, su cuerpo se sentía envuelto por las mismas ansiedades, el llanto se ubicaba con exacta precisión, sin necesidad del libreto ni de sus minuciosos detalles. Se encontraban cuando bajaba el sol, incierta hora e incierta luz en la que a veces se percibía, como si fuera un nocturno y fugaz aleteo de murciélago, la presencia del miedo.

Noche a noche, el sendero del dialogo se fue desbrozando de indecisiones, noche a noche el recuerdo de Laura fue metiéndose en la emoción y las frases de Nina no necesitaron de las líneas de Rodolfo, noche a noche Nina fue dejándose llevar por la suave pendiente que se ofrecía a sus pasos y se animó a reacciones propias, no planeadas, que no provocaron la mirada contrariada de Rodolfo sino las dudas acerca de si las coincidencias se debían a un Braille cargado de precisión o si, ubicados de este lado del tiempo, ellos estuvieran modificando un pasado al que creían homenajear. Así reeditaron noches, días, encuentros, aquella cena en el Pedemonte cuando Rodolfo, sin quererlo, rompió un vitró con el mango de su paraguas, así retornaron tristemente a la aventura de Rodolfo con Catalina y a las valijas que una Laura enfurecida y llorosa preparó sin atreverse a la partida. No había antes ni después, no había orden, los recuerdos respondían a sacudones de la memoria. Una noche, sentados en el jardín, Nina/Laura sintió algo en su vientre, una fuerza que trataba de arrancarle aquel embarazo tan deseado y que ella había recibido con emocionada alegría. Gimió como veinte años antes, sintió sus muslos húmedos y pringosos, abrió sus piernas y abrió su llanto ante esa decisión sin dueño que finalizó a la madrugada, palan-ganas y toallas y Rodolfo modificando su voz, adoptando un tono apenado y profesional como el que tiempo atrás había utilizado el doctor Lemos. Y después, el silencio, un tiempo de lágrimas contenidas y de silencio.

Carmen, herida por lo que consideraba una traición, se había ido de la casa. Entre reproches y lágrimas, buscando piedad pero encontrando una actitud neutra, que eludió la invitación al llanto compartido.

Seis meses habían transcurrido desde el momento en que Rodolfo encontrara a Nina/Laura por primera vez en su habitación, seis meses de lento aprendizaje, de tenaz aceptación, de la voz de Nina poco a poco no necesitando de su voluntad para bajar a la pasada gravedad de Laura, a las manos adoptando gestos iguales, aun aquellos de los que no podía tener la

mejor referencia, seis meses en los que sus piernas, sus caderas y su boca se ubicaron en los huecos precisos que Laura había dejado en la habitación.

